

que el cambio radical se produce por la tensión y síntesis final de tendencias opuestas, pero deja sin resolver la cuestión radical de la inteligibilidad de ese *salto dialéctico*. Una primera inteligibilidad se encuentra ciertamente en las leyes de la naturaleza, pero ¿basta? ¿Se pueden entender esas mismas leyes sin Dios? ¿No es esa pregunta definitiva e inescapable para quien llega hasta el fin con sinceridad absoluta? Que con Dios se explica todo suficientemente, es un hecho. ¿Se explica sin El?

Afirma que en puntos cruciales puede haber *más* en el efecto de lo que había en la causa. ¿No es, precisamente, negar el principio, que ha admitido como fundamental, de que “de la nada nada sale”? Ese *más* saldría sencillamente de la nada, mientras que en la creación, que él niega basándose en ese principio, las criaturas no salen simplemente de la nada sino de la omnipotencia de Dios, que las crea totalmente, e. d. sin materia preexistente.

El autor nos dice en el *Preface*, que considera todo lo que dice como contravertible y sujeto de ulterior reforma. Esperamos que no excluya de esa afirmación el mismo principio fundamental de esa filosofía *científica*. Si realmente se quiere evitar la mera *arbitrariedad*, no hay más remedio que partir de un *entender* y no de un mero *suponer*. Por supuesto, con todas las limitaciones que la condición humana impone a ese “entender”, pero sin ninguna de las que la quieren imponer meros prejuicios empiristas o analiticistas.

Finalmente, en una filosofía que considera como fundamental la continua y radical posibilidad de falsificación de todo lo que dice, hay que contar necesariamente con la posibilidad de que esa nueva experiencia que falsifique todo lo anterior se dé en el momento definitivo de encontrarse frente a Dios al terminar la vida terrena. ¿Podría uno decirle en ese momento definitivo a Dios, que en su vida terrena había procedido con entera sinceridad, si no hubiera procurado tomar en serio esa posibilidad, que, según su propia filosofía no podía excluir en manera alguna? Y que el autor no ve forma de excluirla definitivamente parece indiscutible. Para él en el punto más radical y definitivo sólo hay dos teorías: la que llama *filosófica* de la eternidad del mundo, y la *teológica* de la creación. Se decide por la *filosófica*, pero sólo como *hipótesis* y sin poder excluir sin contradecirse su posibilidad de falsificación radical.

Felicitándonos, pues, por lo mucho que hay de positivo en este libro, deseamos que el autor siga adelante y saque de ello las últimas consecuencias.

## CUESTIONES ACTUALES SOBRE EL PECADO

Todas las épocas se plantearon el pecado como cuestión fundamental de nuestra existencia. Porque jugar con el concepto de pecado es jugar con la misma realidad del hombre y de Dios, temas eternos. Según la profundidad alcanzada en la concepción de Dios o del hombre, será el nivel de la noción de pecado. O al revés.

Nuestra época no es excepción. Una visión aérea sobre el mapa de las ciencias humanas nos muestra la invasión del concepto de pecado en todos los territorios. Aun el mismo conato realizado por expulsar esa incómoda noción de culpa, está señalando claramente la preocupación que les domina. Ciencias que niegan aspectos falsos, delimitan, distinguen, y aun a veces se extralimitan en sus propias funciones, pero que siempre son un positivo avance hacia la determinación de la verdadera noción de pecado.

Nunca tuvo miedo la conciencia cristiana a los resultados de la verdadera ciencia, segura de que, entre la verdad de las cosas y la verdad de la palabra de Dios, no puede estallar ningún verdadero conflicto.

La profundidad y agudeza alcanzada en el desarrollo de las diversas ciencias presenta con frecuencia, es cierto, verdaderos conflictos, no con la verdad de las cosas, sino con la idea que nos habíamos formado sobre ellas, obligándonos a veces a abandonar concepciones excesivamente simplistas en las que nos habíamos amurallado pacíficamente. Es ley general en la evolución de nuestro conocimiento sobre el mundo y la palabra infalible de Dios. Todas las generaciones han estado sujetas a ese esfuerzo por comprender la realidad siempre la misma y siempre más y más compleja.

El tema del pecado ha estado sujeto a esa ley. Su problemática científica y teológica actual es vasta y profunda.

En el terreno médico-psicológico, el psicoanálisis, con los estudios sobre neurosis, psicosis, complejos... tiende a puntualizar y deslindar de la noción de pecado los elementos que se deben exclusivamente a factores irresponsables. La endocrinología médica tiene mucho que decir sobre la interactividad entre cuerpo y espíritu libre, aclarando responsabilidades. Por citar sólo un ejemplo, el complejo de culpabilidad; ¿es un mero epifenómeno de una deficiencia glandular, o la angustiada conciencia continúa de un estado de pecado?

No menor es el interrogante levantado en lo jurídico. ¿Habremos de borrar de nuestros diccionarios los términos indicando delito, delincuencia, crimen... comendiéndolos todos bajo el rótulo genérico de *enfermedad*? ¿Habrá que conservar el tradicional sentido de cárcel punitiva, o las antiguas “negras mazmorras” se transformarán en reconfortantes viviendas-reformatorios, simples hospitales para enfermos mentales donde el enfermo-asesino se someta a una intervención médico-psicológica?

En el campo de la moral son conocidos los titánicos esfuerzos realizados para fundamentar una verdadera *moral sin pecado*. Instaurar una honesta ciudadanía entre los hombres, con exclusión de todo aspecto trascendente, religioso, escatológico. Un mundo moral, recto, ordenado entre los hombres sin relación con Dios.

A favor o en contra del pecado, las ciencias están como trascendidas por esa noción de culpabilidad. Descartamos las concepciones materialistas fundadas en la negación de la libertad o del orden moral; amoralismo que, además de apoyarse sobre fundamentos falsos, constituye la más injusta mortificación del hombre a quien con la posibilidad de la culpa se le niega también el mérito de la virtud.

Si las ciencias humanas están como dominadas por la preocupación ante el hecho del *pecado*, nuestro hombre de la calle hoy más que nunca acepta y siente los aspectos de corresponsabilidad ante el mal de todos, vislumbra las consecuencias mundiales, *escatológicas*, de la culpa de alguien, por ejemplo del primero que quisiese desencadenar las fuerzas atómicas sobre nuestro planeta. Hoy, los tradicionales pecados *capitales*, los sentimos además como *mundiales*. Existe una avaricia aunada en bloques imperialistas; una lujuria que empapa el planeta a través del celuloide, la TV, la prensa; la política es un equilibrio de amenazas y sonrisas para no despertar a la antigua, terrible, ira que hoy más que nunca perdería toda racionalidad en sus consecuencias; la *pereza* colectiva de los buenos ¿no ha sido denunciada como uno de los factores principales de los males que padecemos? Sin duda hoy captamos y sentimos como nunca el sentido de un mal que nos sobrepasa y nos domina a todos, siendo a la vez sus causantes, parciales sí, pero responsables.

En medio de esa multipolar problemática no es pequeño, el esfuerzo que ha de realizar el cristiano, y el teólogo en concreto, para comprender el misterio del pecado y centrar su verdadero sentido.

Además de solucionar las antiguas y perennes antinomias intrínsecas al pecado, evitando el doble escollo de negar o la *trascendencia* de Dios (haciéndolo uno de nosotros, al alcance de nuestras acciones buenas o malas, en estricta relación de derechos unívocos) o la misma noción de pecado como *ofensa de Dios* (reduciéndolo a un simple moralismo de urbanidad humana, pero sin repercusión ni responsabilidad ante ninguna Persona Superior), el pensador católico actual tiene abiertos los interrogantes en todos los puntos del horizonte. Determinar la esencia psicológica del pecado deslindándolo de los aspectos médico-psicológicos; revalorizar y determinar la responsabilidad de la conciencia concreta del hombre en sus circunstancias; pese a la subconsciente influencia de factores somáticos o de traumas psíquicos; encuadrar la responsabilidad de nuestra acción dentro del complejísimo sistema de mutuas contrarreacciones en las que se mueve nuestro mundo actual; profundizar el aspecto de solidaridad, corporativa que, además de hacer sentir la común responsabilidad, prepare para una más profunda comprensión del primer pecado con el que nacemos y cuyos efectos hoy más que nunca experimentamos o tememos.

Más profundo que ese *aspecto moral* del pecado, es el trabajo que hay que realizar en el *campo teológico*. El esfuerzo filológico, comparativo, exegético... por desentrañar lo más posible el sentido de la revelación del pecado en la Biblia.

Camino emprendido cada día con nuevos esfuerzos, y de cuyo resultado hoy presentamos varios ejemplos. Agréguese el minucioso estudio sobre la conciencia del pecado que ha tenido la Iglesia en cada una de sus épocas, con sus diversas matizaciones, y se apreciará la vastedad del tema.

Si "la idea de pecado es como el reverso de la idea de Dios"<sup>1</sup>, y "si la Redención es esencialmente la destrucción del pecado"<sup>2</sup> y, en "su profunda y trágica realidad el pecado es a la vez un signo de la grandeza y de la miseria del hombre"<sup>3</sup>, no es extraña su actualidad perenne, que nos induce a un conocimiento verdadero de Dios, de Cristo, y del mismo hombre. En el básico enfoque soteriológico de la Revelación, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, no creo que se encuentre otro tema tan explícitamente desarrollado, precisamente por su capital importancia para nuestra salvación.

\*\*\*

La obra de Ligier<sup>4</sup> intenta explicitar la relación que veían los Profetas entre el pecado del mundo y el de Adán. El subtítulo del libro fija el estudio en el marco del AT. Una proyección de los textos en su utilización para las fiestas litúrgicas, cierra el enfoque en el que se sitúa el autor.

La obra se presenta como una primera parte, y viene a luz ocho años más tarde de haber sido defendida como tesis en la Gregoriana, impedido el autor por los cuidados de la enseñanza.

Aunque el pecado sea "tan antiguo como la revelación" y, aún más, "está ligado a la conciencia moral en cuanto tal" (p. 21), con todo se sitúa para su estudio en la época de los Profetas, porque son ellos los que manifiestan de una manera más clara la gravedad y la trascendencia del pecado, orientando a la vez la continua tendencia del pueblo a limar las aristas del mal con las facilitonas apariencias de un culto sin vida. La edad de los Profetas nos da "el contexto donde es posible medir las proyecciones del pecado y precisar su naturaleza" (p. 24).

A través de minuciosos y detalladísimos análisis filológicos, literarios e históricos, la obra se desarrolla lenta, densa y ordenadamente.

Una primera parte analiza y sintetiza la conciencia de pecado que manifiestan los Profetas. En la segunda parte se busca la ligazón que uniría esa conciencia con el primer pecado de Adán.

El hecho que más destacan los Profetas es la *universalidad* del pecado. Israel, infiel a la Alianza de Yavé, y las Naciones, hostiles al pueblo de la Alianza, están igualmente reservadas para el "día de Yavé" que juzgará por igual. Aun los "justos" lo son tan sólo en relación con los más pecadores; todos son hombres de "labios impuros". El análisis avanza buscando la *naturaleza* de ese pecado universal. La

1 R. CRIADO, *El concepto de pecado en el AT*, en la *XVIII Semana Bíblica Española*, Madrid, 1959, p. 6.

2 F. PRAT, *La Théologie de S. Paul*, París, 1949, t. II p. 226.

3 P. PALAZZINI, *Il peccato*, Roma, Ares, 1959 p. 185.

4 L. LIGIER, *Péché d'Adam et péché du monde, I. L'Ancien Testament*, Aubier, París, 1960, 322 págs.

profundización hacia el ser íntimo del pecado se realiza en tres pasos a partir de la orografía superficial de la multitud y diversidad de los pecados en su aspecto ético-legal que tiene por móvil la apetencia de autonomía del hombre (orgullo) y que en última instancia no es más que incredulidad e infidelidad a la Alianza de Yavé. Pecar es faltar a los preceptos de la Ley, es desconocer a Yavé afirmándose en la propia personalidad, es negar la fe confiada en la Promesa de Yavé. La incredulidad será el pecado raíz, el pecado tipo (p. 69), la naturaleza última de todo pecado. Pero existe una *solidaridad* en el pecado. "La comunidad está como ligada en el espacio y en el tiempo por el pecado que comete contra la Alianza". El vínculo que une y solidariza a todos con ese pecado lo venían los Profetas en los poderes destinados a gobernar: Sacerdocio, Profetismo, Tribunales. Cuando ellos son infieles, toda la comunidad queda encerrada en el pecado. De igual modo el pecado de las Naciones se personifica en el rey, en la capital... y aun a veces el ataque de una nación "contra Jerusalén toma las proporciones de una coalición universal contra el Emmanuel" (p. 79). Aun en las mismas curvas espirales que forman las diversas épocas históricas de Israel, van marcándose por acumulación y prolongamiento de pecados que influyen de padres a hijos (p. 81). El grado máximo de solidaridad, es la afirmación de que el pecado de Israel es el pecado de las Naciones. Es el pecado personificado "atado y puesto a reserva" (Mi. 13,12) para el día del juicio de Yavé, el que encamina a una visión suprahistórica del mismo pecado (p. 84). Solidaridad manifestada en la conciencia individual de culpabilidad común, en la unidad de castigo y en la misma manifestación externa del culto de expiación (p. 94). Pero no termina ahí la visión de los Profetas. La profundización penetra en búsqueda de la Raíz, la *causa* del pecado (Cap. 4) Sin duda es el capítulo más profundo. Se preguntan los Profetas de dónde nace la raíz del pecado, capaz de resistir a tantos esfuerzos realizados para extirparla (p. 99). La revelación de ese núcleo del mal va a ser lenta. En un primer acercamiento se ve la persistencia y universalidad del mal como consecuencia de una pasión irracional, fanática, de ese "ruaj de prostitución" que se abatió sobre Israel entregado a los baales. Es un aspecto social-externo que haría pensar en la fácil desaparición del mal por la reeducación del pueblo, a base de reformas y supresión de los "lugares altos". Pero pronto se descubre un factor personal, interno, profundo, por el cual el pecado está arraigado en la tendencia de cada hombre a seguir la "obstinación de su perverso corazón", de ese *leb* centro y totalidad de facultades. Esa intimidad penetrante del mal conduce al fracaso cualquier intento humano de solución. El único medio de salvación radica en la intervención misericordiosa de Yavé, porque todos los hombres son raza perversa, hijos de prostitución, viña bastarda y aun todos los que vengan serán "hijos de tal madre" (p. 108). La conciencia de la causa del pecado se profundiza aún más con el estudio de dos textos privilegiados: Is. 57 y Ps. 51 (Miserere). Isaías increpa a una raza solidaria de los pecados de sus antepasados justificando el dicho de Jeremías "De tal madre tal hija"; y además, y es lo principal, recuerda que Israel es incapaz de las Promesas por su nacimiento ilegítimo. Sólo la iniciativa amorosa de Yavé puede llamarle de nuevo "mi-pueblo", "pueblo-santo" (p. 126). En los

Salmos, y sobre todo en el 51, se presenta la misma problemática en un nivel individual. Interesa sobre todo el análisis exhaustivo del v. 7 (p. 128) y el valor social, colectivo que descubrió el autor en el salmo del rey penitente (p. 137). Por último, el empleo litúrgico de esos textos en la fiesta del Kippur, con su rito de expiación por el pecado común, confirma plenamente la interpretación que se ha dado a la conciencia que los Profetas tenían del pecado: De toda esta larga y minuciosa exposición, el autor saca dos conclusiones, tanto en el plano individual como en el comunitario: 1) Existe una especie de concupiscencia colectiva, fluyente a través de la historia; y 2) la infidelidad de Israel a Yavé ha hecho de su descendencia hijos ilegítimos, excluidos de la heredad porque son el "No-mi-pueblo" de Oseas (p. 148).

La segunda parte intenta buscar el entronque de esa conciencia del pecado manifestada por los Profetas con el Primer pecado. El autor se hace eco de la admiración que ya desde antiguo tuvieron los Santos Padres, al notar el silencio de los Profetas sobre el pecado de Adán, cuando les hubiera sido tan fácil esclarecer el mal de su tiempo por medio de ese pecado puesto en el origen de todos los hombres. Discute el autor las opiniones dadas para justificar ese silencio, y pretende mostrar cómo los Profetas están imbuidos de la misma temática que se muestra en Gn-2-3. Sigue el estudio detallado, en tres capítulos, de todos los elementos que constituyen el pecado narrado en el Gn. Creemos que lo más original del autor es el Cap. 10 (pp. 232-286) en el que pretende ver en la narración del Gn-2-3, además de la historia sobre los orígenes, condición y primer pecado del hombre, una especie de "Parábola sobre el Reino de Israel". Analizando la proyección de las frases y elementos del Gn. ("carne de tu carne y hueso de tus huesos", el *najás*, el árbol de la vida...) sobre la literatura del tiempo de los Profetas, el autor encuentra todos los elementos para construir la Parábola (o para reconocer que Gn-2-3 es una parábola) en la que el pueblo estaría representado por Eva, el tentador *najás* representaría la continua tentación de los poderes autónomos circunvecinos, el pueblo cedería a esa atracción induciendo al rey (el Adán, concreción del pueblo) a tomar el fruto de sabiduría que asimila a la autonomía de Dios, y que poseen por la realeza todos los otros pueblos de la tierra; los dolores de parto a los que se ve condenada Eva no son sino los dolores escatológicos de toda la comunidad, el dominio que el hombre ejercerá sobre la mujer es un reflejo de la semitiranía ejercida por los reyes de Israel sobre el pueblo... Hay más. Tal interpretación parece confirmarse por cuanto voces autorizadas en Israel vieron siempre en la Realeza un pecado por el que el pueblo fue infiel a su Dios, pecado de incredulidad y desconfianza en la bondad de Yavé, y por el que eligieron un rey autónomo como Yavé. El libro se cierra con dos capítulos sobre la concepción de la impureza del justo en Job, y el desarrollo del tema de Adán en sus proyecciones mesiánicas.

Se podrán discutir muchos de los laboriosos y sutiles procesos exegéticos, quizá habrá que limar alguna de sus conclusiones; pero ello no menoscaba el valor de un trabajo llevado con seriedad científica y agudeza de intuición. La sistematización lógica de elementos que la revelación presenta como respuestas concretas

y vitales a problemas del tiempo, siempre estará expuesta a la tentación de forzar los mismos textos para encuadrarlos en el encasillado preestablecido. El peligro con todo no excusa del esfuerzo que ha de realizar el exegeta en obras de buena sistematización como la presente.

\* \* \*

Si la obra de L. Ligier nos presentaba la conciencia de pecado que tenían los Profetas, los 37 estudios de esta *cuasi-enciclopedia* titulada *Il peccato*<sup>5</sup> desarrollan la panorámica del pecado en nuestros días. Preocupados por la realidad de la afirmación de Pío XII, que vio en la pérdida de la conciencia de pecado el mal característico de nuestra época, el fin de la obra es mantener viva esa "fuente de la religiosidad". Varios son los estudios que insisten en desenmascarar ese "moralismo sin pecado", peculiar de nuestros años, por el que los hombres ya no somos "ni santos, ni pecadores" sino simplemente marionetas de una existencia irracionalmente autónoma, o complejísima productos de un lógico y aplastante desarrollo necesario. Todos están conformes en defender la verdad del pecado como la única manera de salvar la grandeza y la angustia del hombre concreto tal cual se nos presenta en la historia y vive hoy día.

El volumen, siguiendo ese ritmo creciente de obras en colaboración, pretende abarcar la problemática total del pecado en sus principales aspectos. Divide los 37 trabajos en cinco grupos en que se analizan: 1) La realidad y naturaleza del pecado; 2) las diversas interpretaciones del pecado; 3) las causas del pecado; 4) las desviaciones del concepto de pecado; y 5) los remedios del pecado. Cinco partes desiguales no sólo por su amplitud (13 estudios la primera parte, 12 la segunda, 4 la tercera, 5 la cuarta y 3 la quinta), sino aun por la misma calidad de los trabajos. Por ejemplo, entre los remedios del pecado apenas si se esbozan la "liturgia del Bautismo y de la Penitencia", la psicología de los "convertidos" y "la vida monástica" como expiación del pecado, quedando sin tratar aspectos tan fundamentales e importantes como el acto de contricción, el Sacrificio de la Misa y la remisión de los pecados, el examen... La primera parte, sobre la realidad y naturaleza del pecado, nos parece la mejor tratada y a la vez la más completa. En ella vemos firmas ya reconocidas como las de F. Spadafora, S. Garofalo, P. Palazzini, H. Daniel-Rops... Los magistrales trabajos sobre el pecado en la Escritura, en la Tradición de algunos Santos Padres, en sí mismo, y en su realidad actual y social, es un suficiente compendio de temas para dar una completa idea de la naturaleza del pecado.

La segunda parte, por su misma amplitud y originalidad, es la más fecundadora. Analizar el pecado tal como lo han interpretado las diversas artes y ciencias a través de la historia. De los doce trabajos presentados, seis estudian la visión del pecado en la literatura (trágicos griegos, Divina Comedia, Shakespeare, literatura

<sup>5</sup> *Il peccato*, Ed. Ares, Roma, 1959, 913 págs. A propósito de esta obra enciclopédica queremos mencionar otra parecida en la orientación aunque no en las proporciones: *Peché*, études de M. Oraison, F. Coudreau, N. Niel, D. de Baciochi, G. Siewerth, Desclée, Bruges, 1959. De esta obra se ocupó nuestra revista CyF. 15 (1959) p. 515-516.

italiana, francesa, novela moderna); los otros seis ven la repercusión del tema en los filósofos (el pecado filosófico), en el arte de las catacumbas, en el arte religioso en general, en el cine, en el pansexualismo psicoanalítico, y en las rutas (esas escalofriantes cifras de accidentes diarios...).

Entre las causas de pecado se estudian la tentación constante del Edén, las tentaciones en general, la medicina y el pecado y las estadísticas. Como desviaciones del concepto de pecado se analizan las concepciones del ocultismo, el pesimismo de la Reforma, el jansenismo, el existencialismo y la actual moral sin pecado.

El conjunto de la obra naturalmente no pretende agotar ni siquiera seguir un orden lógico y arquitectónico de la materia. Temas insinuantes como el pecado en el cine, en las rutas... enfocan la atención hacia posibles y provechosos estudios sobre el pecado, p. e. en la Banca, en el Partido Político, en el Deporte... Sin duda que el valor principal de esta obra de alta divulgación es conseguir esa profunda impresión, tranquila y angustiosa a la vez, de solidaridad y responsabilidad ineludible en el mal que está entre nosotros. Por eso lamentábamos más arriba que en una obra en la que se incluía el estudio de los remedios del pecado no se insistiese algo más sobre la verdadera ruta de evasión que se le puede conceder al hombre encerrado en este mundo del pecado tan angustiante. Faltó una visión de Cristo Redentor de ese Pecado, obra de nosotros los hombres y del "Enemigo de natura humana". Si es verdad que el mal de nuestro tiempo es haber perdido la noción de pecado, lo es en tanto en cuanto, no reconociendo el pecado, no podemos apreciar la verdadera noción de Cristo en Cruz, única sabiduría de los hombres.

Tipográficamente la obra es ejemplo de pulcritud y buen gusto —algo caro— con sus grabados a todo color y en negro, amplios espacios marginales, claridad de acápites... Un odre digno de la calidad de los 37 magníficos estudios.

\* \* \*

La última Semana Bíblica Española dedicó también la parte principal de sus estudios al tema del pecado, índice de su perenne actualidad. Son ocho trabajos de los catorce que se publican<sup>6</sup>. Los cuatro primeros, de tipo generalizador, presentan *El concepto del pecado en el AT.* (pp. 5-49, por R. Criado), *Las diversas clases de pecados en la Biblia* (pp. 51-75, por M. García Cordero), *Las causas del pecado en la S. Escritura* (pp. 77-93, por J. Goitia), *Los aspectos de la remisión del pecado en el AT.* (pp. 95-143, por O. García de la Fuente).

R. Criado presenta una primera parte de filología y semántica sobre los términos hebreos *jata'*, *'awon* y *Pesa'*, insistiendo en el aspecto fundamentalmente religioso que tenían los términos para Israel como expresiones de la "ruptura del pacto con Dios, aunque éste sea sólo el pacto implícito en la cualidad de imagen de Dios que es todo hombre" (p. 25) y más aún como "apostasía, rebelión, ruptura abierta contra la bondad del Dios infinito de la Alianza" (p. 27). En la segunda parte examina alguna de las teorías propuestas por historiadores de las religiones, al enjuiciar el concepto de pecado en el AT, comparándolo con otros pueblos. El

<sup>6</sup> *XVIII Semana Bíblica Española*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1959, 429 págs.

autor concluye reconociendo la delicadeza de la divina pedagogía para con esa "masa de hombres rudos y rodeados de pueblos en que los más crasos errores y abominaciones teológico-morales eran dogma y vida" (p. 49). Y aunque un pueblo así no podía recibir los conceptos y motivos más elevados, la divina pedagogía se debía siempre a sí misma el emplear medios verdaderos y honestos para inculcar una noción tan esencial en la revelación.

M. García Cordero estudia sumariamente, como no podía ser menos en tema tan amplio para una ponencia, el concepto de pecado ritual, moral, individual, colectivo, hereditario, original, graves y leves, irremisibles... contentándose con apenas aducir los textos suficientes como para esclarecer las diversas "clases" de pecados y verlos reconocidos en la Biblia.

J. Goitía reduce el tema general propuesto, sobre las causas del pecado, al estudio particularizado de las dos nociones paulinas de "sarx" y "nomos" buscándoles su entronque en los conceptos veterotestamentarios de *basar* y *ruaj* de los que es tributario S. Pablo.

O. García de la Fuente, reconociendo igualmente la complejidad del tema de la remisión del pecado en el AT, se centra en el estudio sobre la misericordia de Dios y el perdón del pecado, en la doble vertiente divina y humana, tal como se manifiesta en un grupo de textos privilegiados, en especial las diversas plegarias públicas dirigidas a Dios por Salomón, Esdras, Isaías, pueblo en Baruc, Daniel, los Salmos... La exégesis de los textos manifiesta que "la asociación de los tres atributos divinos de misericordia, compasión y bondad (*josed*, *rajum*, *tob*, *janum*) a los tres términos del pecado, la iniquidad y la transgresión (*jata'a*, *'awon*, *Pesa'*), junto a la idea del perdón, no puede ser más explícita y significativa" (p. 119), confirmando el dicho de Celin de que "la idea del pecado es el reverso de la idea de Dios". Las disposiciones humanas para la remisión del pecado, están profundamente analizadas y matizadas en el estudio, mostrando el doble aspecto paradójico presentado por la Escritura: al insistir sobre la acción necesaria del hombre para conseguir el perdón, y la absoluta independencia y necesidad del auxilio de Dios para una real conversión. La acción del hombre se concretaría en la oración, el reconocimiento, la confesión y el arrepentimiento del pecado, al que seguiría un perdón divino, eficaz, que no solamente "lava" o "cubre" el pecado sino que "crea un corazón puro" por el que restituye al pecador a su intimidad y amistad (p. 143).

Los cuatro trabajos restantes delimitaron su estudio a un campo más concreto, única posibilidad de éxito para el espacio de una ponencia. Además de que, como acertadamente afirma A. M. Figueras (p. 145), "para estudiar un concepto doctrinal cualquiera en la Sagrada Escritura y especialmente en los libros del AT, no puede procederse a base de un método sistemático". Porque "tanto en la historia como en los dogmas, la Biblia usa siempre una exposición dinámica", que ciertamente no es excepción en el caso del pecado.

El estudio de A. M. Figueras, *El concepto de pecado en las diversas fases redaccionales de Josué* (pp. 145-167), valioso sobre todo por su sano enfoque exe-gético, desentraña todos los textos relacionados con el pecado, después de haber determinado en cada caso la época de su redacción, época que corresponde naturalmente a diversas sensibilidades éticas. Agrupa el autor dos grandes series de

pecados: Contra Dios y contra la sociedad, añadiendo otros indicios que muestran el sentido ético del pueblo. A través del cuidadoso examen exe-gético, el autor llega a la conclusión de que en los textos primitivos, el pecado se presenta como infidelidad directa del pueblo con Yavé y su culto, pero de un modo velado, como implícito, en contraposición con los textos redaccionales debidos a manos posteriores, que explicitan más las relaciones directas del pecado con el pacto y las leyes del culto. Lo cual indica una evolución en el sentir ético. Pero aun en los mismos textos primitivos hay una diversidad de apreciación valorativa sobre los diversos pecados como el meretricio, la mentira, el homicidio, la transgresión del anatema, el contacto con la gente de Canaán, la desobediencia a Yavé y su Representante, calificados según este mismo orden ascendente. En los mismos textos redaccionales puede apreciarse una evolución entre la concepción deuteronomica (tenor ético) y la posterior concepción sacerdotal (tenor cúllico).

L. Arnaldich realiza un trabajo semejante sobre el libro de Judit: *El pecado en el libro de Judit* (pp. 169-191). Admitido el sentido parabólico-apocalíptico del libro como un modo de "desarrollar en forma de relato el tema de la lucha secular entre las potencias del paganismo y el monoteísmo de Israel" (p. 171), el autor va mostrando a la vez la verdad de su sentido simbólico, y el valor fundamental del libro como teología de las relaciones de Israel con Yavé guiadas por la fidelidad mutua a la Alianza. Contra todo lo que fue la historia real del pueblo, el autor inspirado escribe con optimismo la actual fidelidad de Israel en este preciso momento en que es atacado por el enemigo más potente del orbe, ese Nabucodonosor compendio de todas las fuerzas hostiles. La contraposición entre máxima fidelidad y máximo enemigo está recalada para patentizar que esa fidelidad es la que le dará la victoria a Israel, y no precisamente su fuerza militar, ya que Dios se servirá de la incongruente astucia de una mujer para darles el triunfo. El ejemplo teológico esclarece el por qué de las históricas derrotas y deportaciones del pueblo de Yavé Sebaot. El libro "no trata a fondo el problema del pecado, sino que lo considera exclusivamente desde el punto de vista de la Alianza", afirma el autor (p. 187). ¿No será precisamente una constatación más del hecho de que para Israel el fondo y la realidad de todo pecado está en el rechazo de la misericordia del Dios que lo escogió? Rechazar a Yavé y abandonarse a los "dioses fabricados" de los enemigos es la idolatría reconocida por el autor sagrado, y por S. Pablo (Rm. 1, 21), como el pecado por antonomasia. En el aspecto ético-moral del pecado, la "actitud del autor sagrado se caracteriza por el rigorismo. Se puede pecar por malicia, por inadvertencia o error; de ambas maneras se ofende a Dios" (p. 190). Además, por no tener en cuenta el fin parabólico teológico del relato, algunos exegetas y moralistas "culpaban a Judit de cuatro pecados" que parecen aprobarse en el libro como son "la mentira, la provocación al mal, ponerse en peligro próximo de pecar, y el asesinato de Holofernes" (p. 191). Pero aun absolviendo a "Judit" de esos pecados, no deja de ser significativa la sensibilidad moral que manifiestan esos olvidos en obras moralizantes como la presente.

La recopilación de textos extrabíblicos del siglo II a. C. al siglo I d. C., hecha por J. Alonso Díaz, sigue un plan esquemático preestablecido, modelo Enchiridion, por el que se buscan y transcriben los pasajes que digan algo con respecto a la

temática del pecado tal cual la sistematizan nuestros manuales de Teología: distinción de pecados, responsabilidad colectiva, extensión, origen remoto y próximo, consecuencias, remisión. Trabajo de antología con todas las ayudas prácticas para la escuela, e inconvenientes de tales colecciones de textos.

El trabajo sobre el *Pecado original en S. Pablo* (pp. 219-255) de J. M. González Ruiz, cierra la serie de artículos sobre el pecado. Más bien es una sumaria visión de los datos sobre el pecado original que nos conserva la Biblia tanto el Antiguo como el NT, y aun el resumen del sentir de los autores rabínicos, para desembocar en la exégesis minuciosa y detallada, versículo por versículo, de los dos textos de la Epístola ad Rm. 5, 12-21 y 7, 7-25 concluyendo, naturalmente en las tesis tradicionales de sana Teología Católica.

Tres trabajos sobre Teología Bíblica (de J. Alonso, P. Franquesa y M. Peina-dor), el magistral estudio de S. Muñoz Iglesias sobre *El Evangelio de la Infancia en S. Lucas y las infancias de los héroes bíblicos*, y dos notas exegéticas sobre Jn. 5, 3b-4 y Jn. 18, 4-8, de T. Antolín y S. Bartina respectivamente, completan el aporte de esta última Semana Bíblica Española.

• • •

La obra de B. Piault<sup>7</sup> es un buen resumen manual para iniciar en el tema. El autor se preocupó principalmente de la problemática de la Creación (pp. 1-256) ocupando el pecado apenas un apéndice (pp. 257-332). Se adhiere Piault a la opinión que reconoce en el primer pecado una transgresión de tipo sexual, aunque no logra una síntesis armónica de todos los elementos bajo ese punto de vista: por ejemplo, es marcada la ambigüedad de los simbolismos que atribuye al *najás*, no se decide claramente sobre la esencia del pecado como "autonomía moral" o simple "confianza en la virtud generativa que provenía de los dioses" (p. 277), la mutua enemistad entre la mujer y la serpiente "diabólica" es poco consecuente con la interpretación que tomó de base (p. 272). Las abundantes citas de Pascal, Paul Claudel, Peguy..., los temas de trabajo propuestos al final de cada capítulo con su elemental bibliografía, recalcan más la orientación escolar de la obra, destinada por el autor para Sacerdotes, seminaristas, profesores jóvenes...

• • •

Para un estudio más completo de la temática del pecado, tal cual se presenta hoy en día, recomendamos la bibliografía que presenta Ligier en la obra que hemos comentado más arriba: bibliografía de consulta, al comienzo (pp. 4-15); y bibliografía selecta, al comienzo de cada uno de los capítulos. De los aspectos morales del pecado, trata B. Häring, en *La Loi du christ*<sup>8</sup>, dando una bibliografía especializada para cada sub-tema. Una bibliografía exhaustiva es la de M. Schmaus, en

<sup>7</sup> B. PIAULT, *La création et le péché originel*, Spes, Paris, 1960, 332 págs.

<sup>8</sup> B. HARING, *La loi du Christ*, t. I, Desclée, 1959, pp. 472-622.

<sup>9</sup> M. SCHMAUS, *Katholische Dogmatik*, b. II, 1, 1954, p. 426-430.

su *Dogmatik*<sup>9</sup>. En cuanto a los artículos, sobre todo de carácter bíblico; consúltense los *elencos bibliográficos* que presentan además un resumen de su contenido<sup>10</sup>. Recordemos, para terminar, que nuestra revista se ha ocupado, en diversas ocasiones, del tema del pecado dentro de la *Primera semana* de los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> IZBG., 5 (1956-57) p. 108-109; NTA., 4 (1959-60) nn. 138-141; 186; 194; 380; 445; 717; 720-722; 765; 786; 866; 868; 874.

<sup>11</sup> Cfr. Ciencia y Fe, 13 (1957), p. 345; 14 (1958), pp. 548-553; 15 (1959), pp. 267-273. Los temas ignacianos de la *Primera semana* son una teología del pecado, reducida a sus líneas esenciales, que S. Ignacio denomina *primero, segundo y quinto ejercicio*, cfr. Ciencia y Fe, 14 (1958), pp. 228-234.